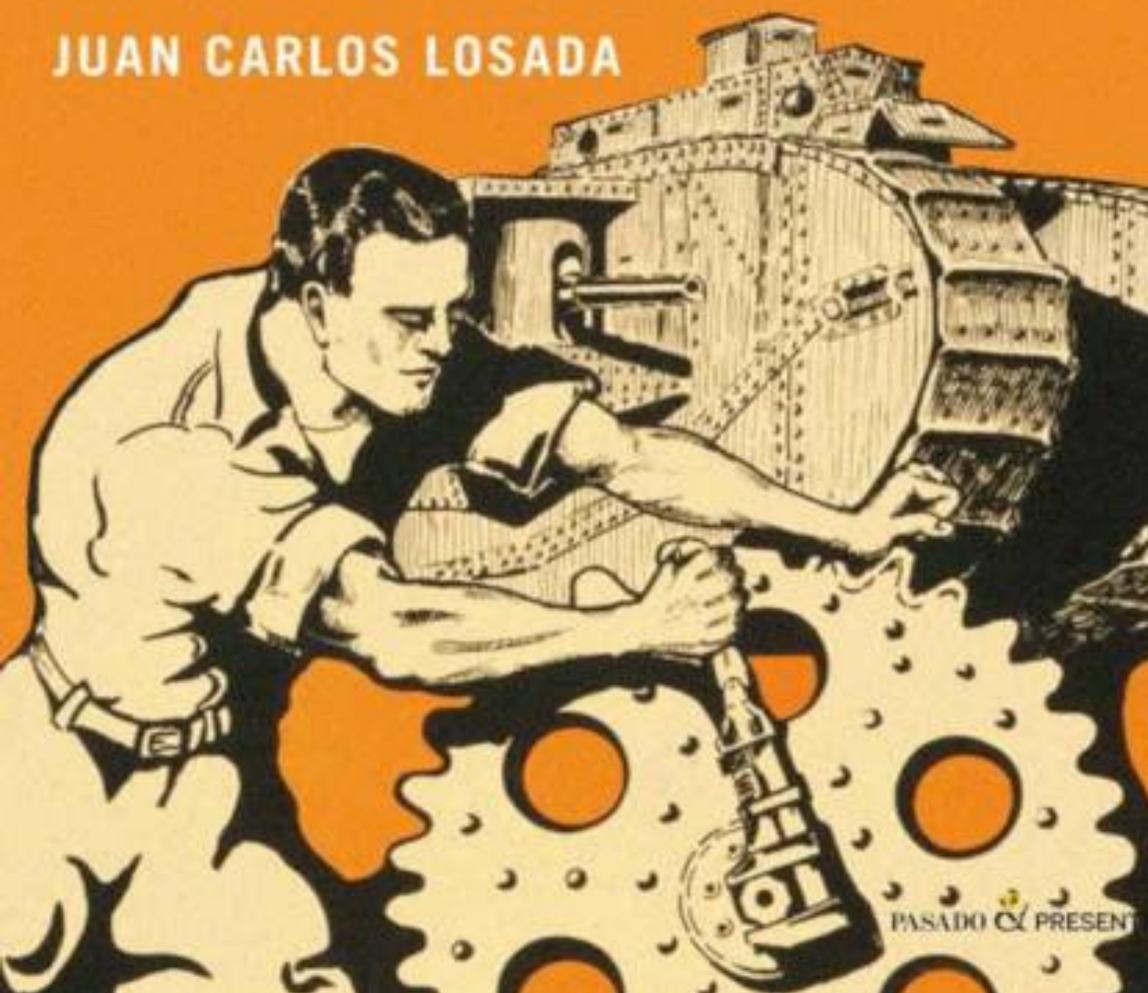


La guerra como motor de la historia

DE LA HONDA A LOS DRONES

JUAN CARLOS LOSADA



PASADO & PRESENTE

Índice

[Portada](#)

[Índice](#)

[Cita](#)

[Dedicatoria](#)

[Prólogo](#)

[Introducción](#)

[Capítulo 1. La violencia en la Prehistoria: ¿el buen salvaje?](#)

[¿Nómadas agresivos y sedentarios pacíficos? Hondas y arcos](#)

[Las primeras ciudades: estado, ejército y religión](#)

[Capítulo 2. El estímulo guerrero en Mesopotamia y Próximo Oriente](#)

[Guerra, bronce, escritura y reloj de arena. La guerra, en verano](#)

[Los grandes inventos mesopotámicos: la rueda y el carro de guerra](#)

[El desierto como defensa de Egipto. Atraso y crisis](#)

[El caballo irrumpe en escena. Ruedas radiales y arcos compuestos](#)

[El poder de Egipto. La era de los grandes ejércitos](#)

[Los hititas y su nueva arma terrible: el hierro](#)

[El caos de los Pueblos del Mar y la difusión del hierro](#)

[Los asirios: los nazis de la Antigüedad. Esplendor de hierro y caballos](#)

Capítulo 3. Disciplina, motivación e ingeniería: Grecia y Roma

Grecia: convicciones cívicas y disciplina

El militarismo de Esparta

Carros persas frente a falanges macedónicas. El

Oppenheimer siciliano

Roma levanta su imperio con sandalias

La guerra en el mar: la tecnología del remo y del espón
lón

Guerra bacteriológica y astucia

Capítulo 4. La violencia medieval: hierro, caballos, castillos y fanatismo

Herraduras, sillas, estribos y armaduras

Los refinados bizantinos: espionaje, diplomacia y fuego
griego

Las guerras de asedio. Viejas máquinas y nuevos casti-
llos

La fuerza de la ideología: matando en nombre de Dios

Gengis Khan, ¿precursor del Renacimiento?

Capítulo 5. El salto científico y tecnológico de la guerra

La infantería vence a la caballería: ballestas, arcos, picas
y carros

La revolución científica y cultural de la pólvora

La tecnología y la ideología conquistan América

Europa domina los océanos

Nuevas murallas, masivos ejércitos, sanidad y millones
en impuestos

Las armas de la Ilustración: artillería, disciplina, planos y
buques

Napoleón: patriotismo revolucionario, globos, remola-
cha y ambulancias

La guerra y el origen de la revolución industrial

Capítulo 6. Ejército, industria y cultura

Comunicaciones, alimentos y medicina militar

[La revolución de los nuevos fusiles y cañones](#)
[Consecuencias políticas y sociales de los grandes ejércitos](#)
[Los alucinantes inventos de la paz armada](#)
[La exaltación de la tradición y el rechazo de la técnica](#)
[La aparición de las leyes de guerra](#)

[Capítulo 7. La guerra total](#)

[El matadero de la I Guerra Mundial y sus armas de destrucción masiva](#)
[La muerte llega del cielo](#)
[El impacto moral de la guerra: ocultismo y Sociedad de naciones](#)
[Triunfo de la ciencia y la tecnología en la II Guerra Mundial](#)
[Las sulfamidas, la penicilina, las transfusiones... y la «Biodramina»](#)
[Los juicios de Núremberg y la fundación de la ONU](#)

[Capítulo 8. La Guerra Fría y la carrera de armamentos](#)

[Ciencia, avances electrónicos, comunicaciones y venenos](#)
[Los venenos químicos como arma de destrucción masiva](#)
[La amenaza de la guerra nuclear](#)
[Nuevas armas convencionales de la Guerra Fría](#)

[Capítulo 9. Las guerras actuales: ¿quién es el enemigo?](#)

[El terrorismo \(o insurgencia\) y la población civil. La respuesta de Occidente](#)
[El arma del espionaje masivo y la guerra de la información](#)
[La guerra a distancia: los drones y el pulso electromagnético](#)

[Bibliografía](#)

[Créditos](#)

*Mi patria son mis amigos,
y los amigos son los que a uno le salvan la vida*

En recuerdo de mi maestro y amigo, historiador y militar demócrata español,
fundador de la UMD, Gabriel Cardona.

Con profundo cariño y gratitud a Teresa, Rafael, Conchita,
Juan Carlos, Rita, Enrique, Jordi, Ana, Jacinto, Mireia, Xavier,
Alberto «el Caligulae» y, por supuesto, a Mariam.

Pero sobre todo a mis hijas, Carlota y Alba,
pues sin ellas no sería nada.

PRÓLOGO

La guerra ha acompañado, y lamentablemente continúa acompañando, al hombre desde la más remota antigüedad. Por ello, monopolizó la labor de los historiadores griegos y romanos y hoy en día los grandes historiadores occidentales la consideran objeto de preferente atención. Este libro es el primer compendio de la historia de la guerra publicado hasta el momento en España. El único antecedente que podría mencionar serían los dos capítulos dedicados a la misma cuestión —«La guerra con arma blanca», de Fernando Quesada Sanz, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, y «La guerra con armas de fuego», escrito por quien suscribe estas líneas—, publicados en la Historia de Europa dirigida por Miguel Artola, maestro de varias generaciones de historiadores, quien a sus más de noventa años continúa sentando doctrina y sigue al pie del cañón, a diferencia de esos otros ilustres colegas suyos a los que se refiere Juan Carlos Losada en la introducción, cuya lectura, por cierto, aconsejo encarecidamente que no pase por alto el lector demasiado ansioso de entrar en materia.

No pretendo, en cambio, que quien haya llegado a este punto continúe leyendo estas páginas; le recomendaría que se ahorre el trabajo y vaya directamente a las escritas por el autor, que sin duda le resultarán mucho más entretenidas e ilustrativas. Ya se ha dicho que el prólogo es algo situado al principio de un libro para que nadie lo lea, juicio que, salvo

en contadísimas ocasiones, comparto plenamente. Sobre todo si, como es el caso, la prosa del prologuista nunca alcanzará la frescura de la que hace gala el autor, ni el contenido del prólogo, el atractivo e interés de la obra prologada.

No obstante, por muy distintas razones no he sabido ni podido negarme a responder afirmativamente a la invitación de Juan Carlos Losada para que prologase este libro. Primera y principal, por simpatía y empatía con él, cuya trayectoria personal conozco y admiro. Segundo, en recuerdo a la memoria de Gabriel Cardona, quien estaba predestinado a hacerlo, con lo cual todos hubiéramos salido ganando. Y tercero, por mero sentido del deber, en mi condición de impulsor de la Asociación Española de Historia Militar, empresa en la que el autor me acompañó desde el primer día y a la que se han unido más de cien historiadores y alevines de historiadores empeñados en que la historia militar alcance por estos pagos la misma pujanza, brillantez y reconocimiento adquiridos en los países de nuestro entorno.

Debo reconocer que me comprometí a prologarlo antes de leer el manuscrito. Como acabo de decir, no podía negarme. Después, a medida que iba avanzando en su lectura, me alegré de que me hubiera distinguido con el encargo, pues rara vez se tiene la oportunidad de participar en un trabajo de tan singular planteamiento, concienzuda factura y riqueza de contenido. En historiografía, una obra de esta magnitud suele ser fruto, como es el caso, de una serie de trabajos escalonados, elaborados a lo largo del tiempo y producto de diversos proyectos de investigación, y es muy poco común que un solo autor y de una sola vez sea capaz de pulir y engarzar cada una de las teselas necesarias para formar el mosaico definitivo.

Es bien sabido —y fíese de mi palabra, apreciado lector, si no lo sabía— que el profesor Losada lleva muchos años

dedicado a dar lustre a la historia militar y a luchar para que esta materia ocupe el lugar que le corresponde en los ambientes académicos, para lo cual se ha dejado las pestañas en los archivos y los euros en adquirir y empaparse de la bibliografía más actualizada. Y, como si se hubiese encarnado en un paradigmático marine, semper fidelis a la senda marcada por su maestro —el ya citado Gabriel Cardona— ha plasmado sobre el papel el resultado de sus investigaciones de forma tan sencilla y amena que sus libros no solo han merecido laureles académicos, sino también el más meritorio de ser leídos en el metro o a la luz de una lámpara de pie en el cuarto de estar.

La incidencia de la guerra en la Historia de la humanidad está fuera de toda duda: se trata, posiblemente, de una de las constantes históricas más destacadas. Por desgracia, dicha incidencia no ha disminuido en los últimos tiempos ni es menor en el presente, en el que continúa siendo uno de los fenómenos de mayor impacto en el devenir de la sociedad y en la existencia individual de muchas personas. Por haber tenido y tener tanta relevancia social e individual ha sido desde muy antiguo objeto de estudio, aunque la aproximación a su conocimiento haya ido cambiando con el paso del tiempo.

En el pasado, el interés de los historiadores se centraba casi exclusivamente en el estudio de las batallas o en el protagonismo de los generales. Hoy día, de la mano de John Keegan y de Antony Beevor, se ha comenzado a dar la voz a sus verdaderos protagonistas, recopilando anécdotas, vivencias y testimonios personales de los mandos y tropas implicados en los combates para narrar la guerra de forma mucho más emotiva, cruda y realista de lo que la historiografía tradicional había establecido. Las obras de estas características se han convertido en best-sellers de alcance universal, pero no es fácil sacar todo su jugo al libro que

narra una sola batalla, un solo ciclo de operaciones, e incluso una determinada guerra, sin tener previamente una visión global del fenómeno bélico a través de trabajos similares al que nos brindó el profesor británico Michael Howard en War in European History, cuya traducción por la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica se agotó hace muchísimos años y que nunca ha vuelto a publicarse en español. La obra de Losada viene a llenar este vacío.

Se puede compartir la tesis del historiador estadounidense Victor Davis Hanson de que la mejor manera de abordar el conocimiento del fenómeno bélico, desgraciadamente tan recurrente, es el estudio de su historia, abstracción hecha de la valoración que nos merezca su mera existencia y todo lo negativo que la rodea. Pero no es posible hacer lo mismo con su idea de que no hay más remedio que aceptar con fatalismo que habrá de convivirse siempre con él y con la crueldad que le acompaña (Guerra: el origen de todo, Madrid, Turner, 2011). Si bien es cierto, como el propio Hanson sostiene, que la guerra está íntimamente vinculada a nuestra cultura, hace ya más de un siglo que muchos hombres y mujeres, en determinadas coyunturas extremadamente belicistas, no se dejaron llevar por la exaltación patriótica a ellas aparejada, incluso poniendo en riesgo su vida. Así lo acaba de poner de relieve Adam Hochschild para el caso de la I Guerra Mundial (To end all wars: how the First World War divided Britain, Londres, Macmillan, 2011).

Y, para terminar, me queda únicamente desear a cuantos hayan sido capaces de llegar a este punto, que aprendan tanto como yo he aprendido en el libro que tienen en las manos y esperar que compartan conmigo la misma satisfacción que me ha producido su lectura.

FERNANDO PUELL DE LA VILLA
Coronel retirado del Ejército de Tierra

*Profesor del Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado (UNED)
Vicepresidente de la Asociación Española de Historia Militar
Madrid, marzo de 2014*

INTRODUCCIÓN

REIVINDICACIÓN (ÁCIDA) DE LA HISTORIA MILITAR

Cuando cruzamos los Pirineos, una de las cosas que nos sorprende es que cualquier pequeña ciudad de Francia tiene un museo militar, por humilde que sea. Lo cierto es que en la mayor parte de Europa occidental el ejército es una institución valorada y respetada, cosa que no ocurre en España. Los motivos son sobradamente conocidos. El franquismo y todo lo que significó (la intromisión política del ejército en España en contra de la voluntad democrática y su condición de pilar fundamental de la dictadura) es la principal explicación de este descrédito. Sin embargo, ya hace casi 40 años que Franco murió y 30 que las amenazas de intromisión de los militares en la política desaparecieron por completo. Desde entonces las opiniones de ciertos militares que se hayan podido interpretar como intromisiones ilegítimas en la vida democrática, han sido contadas y severamente castigadas. De hecho, hoy en día, el ejército como institución es uno de los pilares en donde se asienta el sistema democrático, fuera de toda duda. Por otra parte, hace 20 años que desapareció el servicio militar obligatorio, algo que la gran mayoría de la población percibía como una coerción absurda e inútil, y las fuerzas armadas se dedicaron fundamentalmente a misiones internacionales de paz, así como a actuar de contingente de protección civil ante

catástrofes naturales como incendios, inundaciones, terremotos... Por consiguiente el ejército ha experimentado unos cambios radicales, tanto en su esencia como en sus funciones, que lo hacen totalmente incomparable al de hace dos o tres décadas. Entonces ¿por qué persiste aún cierto grado de desprestigio de las fuerzas armadas entre la sociedad civil española? ¿Por qué se le sigue viendo como algo ajeno o incluso enemigo? ¿Por qué esta percepción negativa, este antimilitarismo, no se acaba de desterrar, sobre todo en ciertos ambientes «intelectuales» que se consideran de izquierdas?

La respuesta es compleja y diversa, pero una de las explicaciones la podríamos encontrar en cierto sectarismo y prejuicio que aún está instalado en algunos ambientes culturales y universitarios, cuyos orígenes se remontan bastantes años atrás y que han dejado una costra difícil de arrancar. Durante los años de la transición democrática las facultades de Historia estaban saturadas de estudiantes. Vivíamos ilusionados con el fin del franquismo y quien más quien menos creía, lleno de ingenuidad, que el «socialismo de rostro humano», solución a todas las injusticias del mundo, estaba a la vuelta de la esquina. Es más: a la mayoría de mis compañeros y a mí, fue nuestra ideología abnegada y revolucionaria la que nos había llevado a matricularnos en Historia, al creer bienintencionadamente que estos eran los estudios, junto con los de Económicas, que nos permitirían implicarnos mejor en la actividad política. En aquellos convulsos momentos esto era lo principal, y las demás disciplinas no eran más que zarandajas secundarias. El fin era el cambio revolucionario y no el estudio que, en todo caso, solo era un medio para la formación política. Henchidos de gozo esperábamos aprender todo el marxismo posible, todo ese conocimiento mágico que nos abriría las puertas de la sabiduría y que nos convertiría en los hombres nuevos,

en émulos del Che Guevara. Todo lo que no fuese marxista era inútil y lo tildábamos —con ignorante osadía juvenil— de fascista, reaccionario, burgués o ardid de aquel ogro tenebroso que era conocido como «la Trilateral».

La mayoría de los comprometidos —cuando no acomodaticios— profesores no nos defraudaron y asistíamos entusiasmados a sus clases pensando que cuanto más rojos fuesen y más radical fuese su ideología, más calidad docente atesoraban. Ellos, también emocionados por las expectativas políticas, no paraban de explicarnos el materialismo histórico a todas horas, compartiendo alumnos y docentes las mismas buenas intenciones: comprender el mundo para cambiarlo. ¡Nada de estudiar fechas, personajes, reyes, batallas, tratados, biografías, anécdotas...! ¡Nada de datos y más datos inútiles propios de desalmados memoriones, que no sirven y se pueden encontrar en enciclopedias y manuales (que por otra parte nunca se acababan consultando)! Ello suponía que, ya en el primer año de carrera, nos atiborramos de insoportables y pesadísimos libros sobre presuntas metodologías de la historia, de autores presuntamente marxistas preferentemente sudamericanos. Por supuesto no entendíamos nada pero, para no quedar mal, decíamos en el bar (verdadera alma «intelectual» de las facultades que habían desplazado a las bibliotecas) que eran estupendos y clarividentes. La conclusión era obvia y siempre la misma: el único método válido de comprensión era aquel marxismo espureo, sacado de catecismos que lo declaraban «científico» y por lo tanto irrefutable. En consecuencia había que estudiarlo con todo el ahínco posible.

No nos dábamos cuenta —necios de nosotros, y también muy vagos— que los grandes historiadores verdaderamente marxistas a los que admirábamos, habían llegado a sus magníficas interpretaciones y síntesis generales (Pierre Vilar o Eric Hobsbawm, por ejemplo), como resultado de un

amplio conocimiento de esos datos concretos que nosotros mismos pedantemente rechazábamos. Y creíamos que podíamos alcanzar esa interpretación general saltándonos, precisamente, todos esos presuntos datos «inútiles». Pensábamos que lo crucial en la Historia, lo único importante, era la historia económica, el ver cómo las clases opresoras habían explotado desde siempre a los oprimidos, esa lucha de clases como el hilo conductor que había de llevar a la humanidad al paraíso comunista. Lo más importante era aprender marxismo, aunque enseguida surgían bizantinas pero apasionadas discusiones sobre el número de modos de producción, sus inacabables e incomprensibles transiciones, los mecanismos de interrelación dialéctica entre la infraestructura y las superestructuras, etc., etc., que podían acabar en furibundas acusaciones de revisionismo entre marxistas convencionales, maoístas, leninistas o trotskistas de tal o cual internacional.

De esta manera, con solo tres horas de clase al día (!), estando más tiempo en el bar que en las aulas, dedicando más tiempo a repartir octavillas y participar en asambleas que a los libros, fuimos pasando curso tras curso sin saber nada de historia concreta y real. En nuestras manos solo cabían los libros de autores marxistas (presuntamente) y algunos alardeaban de saber distinguir las sutilezas del pensamiento paranoico-marxista de Louis Althusser, aquel que luego estranguló a su mujer en un ataque de locura. Como no podía ser de otro modo nuestro libro de cabecera era aquel panfleto insoportable de la chilena estalinista Marta Harnecker (*Los conceptos elementales del materialismo histórico*), alumna de Althusser, que a modo del *Camino* de Escrivá de Balaguer, iba resolviendo cual breviario todas las dudas del presunto buen marxista. Lo leíamos con devoción y lo llevábamos encima, exhibiéndolo con orgullo en el metro o en el autobús, cuando no iba dentro de nuestro